



DISLOCANDO A LA IZQUIERDA

Julieta Kirkwood y el movimiento feminista chileno

Luna Follegati Montenegro
Universidad de Chile, Chile
| lfollegati@gmail.com |

Resumen

Hoy en día el feminismo se ha posicionado en la palestra y escena pública, en la reflexión cotidiana y en la teoría, en la academia y los movimientos. Este reflote supone también una relectura de las claves y propuestas de izquierda, una resignificación de sus preguntas y apuestas. El presente artículo da cuenta de esa intención a través del recorrido de la propuesta de Julieta Kirkwood en relación al marxismo y, particularmente, de su crítica a una lectura tradicional para la comprensión de las relaciones sociales y de producción. En un segundo momento, se analiza la relación entre el desarrollo teórico feminista y la constitución del movimiento durante la dictadura en Chile, vinculación que propicia una posibilidad de pensamiento crítico. Finalmente, el artículo concluye planteando la necesidad de continuar un proceso de reflexión y elaboración feminista y de izquierda, en constante actualización y en vínculo con el movimiento.

Palabras clave

Dictadura, Feminismo, Izquierda, Julieta Kirkwood, Movimiento feminista, Teorías de Género

Abstract

Today, feminism has positioned itself in the public arena, in daily reflection and theory, in academia and movements. This reemergence also involves a rereading of the keys and proposals from the left, as well as a resignification of their questions and claims. This article addresses this issue through an examination of Julieta



Kirkwood's feminist proposal in relation to Marxism and, particularly, her criticism of traditional interpretations of social relations and relations of production. Then, the article analyzes the relationship between the theoretical development of feminism and the constitution of the movement during the dictatorship in Chile, a connection that fosters a possibility of critical thinking. Finally, the article concludes stressing the need to continue a process of leftist feminist reflection and elaboration, which must be constantly actualized and linked to the movement.

Keywords

Dictatorship, Feminism, Feminist Movement, Gender Theories, Julieta Kirkwood, Left

Apertura

Hace una década, e incluso menos, hablar de feminismo en un número dedicado a la obra de Karl Marx hubiese sido anecdótico y un tanto descontextualizado, en relación a las voces y ejes relevantes que se aglomeran en la discusión sobre la herencia y resignificación de la obra marxista. Hoy, el feminismo se cuele en todos los espacios. Se entrecruza en las inmediaciones de los espacios universitarios, en consignas políticas variopintas, en la televisión y en nuestra cocina. En las mesas y conversaciones de pasillo. Se entromete en las aulas universitarias, en los periódicos nacionales y se agita en las calles clamando una vida digna, igualitaria y libre de violencia. Feminismos que constituyen un lugar común y propio a la vez, que encauzan una alternativa y una necesidad, una demanda y reivindicación. Feminismos que se infiltran incluso en la conmemoración de los doscientos años del natalicio de Marx.

Hoy, sin embargo, obviar al feminismo no es posible: esta es una perspectiva que se sitúa como una necesidad que clama por su exigencia y posicionamiento. Pero también de asimilar un lenguaje por y para la



izquierda, una voz que hable *desde* las claves analíticas que nos constituyen como espacio crítico y reflexivo bajo la enconada herencia de Marx. Por lo mismo, este gesto requiere de una advertencia y una propuesta como preludio.

La advertencia radica en que comúnmente se comprende o legitima al feminismo a través de las teorías significativas de la modernidad, viendo como calza, opera o se reconoce en dichas matrices. Así, leemos *feministamente* a una diversidad de autores y reflexiones, intentamos darle un sentido feminista a las más variadas problemáticas que nos acongojan. Esta advertencia requiere de un ejercicio no menor, uno que posiciona al feminismo no como una variable o eje que se incorpora a lecturas o problemas determinados sino, más bien, aquel que sitúa al feminismo como teoría *en tanto que tal*. De este modo, el feminismo dialoga con matrices conceptuales diversas pero cuyo foco radica en la tarea central de transformar la condición de desigualdad e injusticia a partir de la matriz sexo genérica.

La propuesta de este texto radica en esa intencionalidad. Más que apuntar a los aportes que la teoría marxista nos entrega para la comprensión de las desigualdades a partir de la división sexual del trabajo, o bien, el lugar y posición de la reproducción social para el sostenimiento del capitalismo –cuestiones por cierto indispensables para una analítica que busque comprender la condición estructural del vínculo entre capitalismo y patriarcado–, el eje propuesto es la comprensión *desde* el movimiento feminista en el Chile reciente. Me interesa indagar cómo ciertos aspectos – desde el feminismo chileno en los 80’– nos remiten a la necesaria actualización de la perspectiva socialista. Es decir, realizar el ejercicio inverso: resaltar ejes o temáticas *a partir del movimiento* y, en particular, a través de la voz de Julieta Kirkwood. Esta intención no es casual: justamente dice relación con las formas en que el feminismo ha ocupado y tensionado los espacios políticos y sociales, como es el caso de la vehemencia y fortaleza del movimiento a comienzos del 2018. Asimismo,



alude a la necesidad de la profundización teórico-analítica que requiere el momento actual. Una reflexión que se piense desde y para el movimiento feminista y no al revés.

¿Podemos comprender las idas y venidas del movimiento a través de las claves analíticas que nos entrega la propuesta marxista? ¿Cuál sería la especificidad que le entrega la teoría y práctica del movimiento feminista chileno a la teoría marxista? Las interrogantes recién planteadas corresponden a preguntas de largo aliento pero que hoy emergen, al menos, como una necesaria enunciación. El movimiento feminista ha develado y posicionado cómo es que la condición estructural, tanto económica como jerárquica y de poder, se sustenta igualmente en –a lo menos– una triple desigualdad: (1) las condiciones de acceso a “la política”, (2) la jerarquización y división del espacio productivo y reproductivo, (3) y la necesaria redefinición de lo que comprendemos como democracia.

Sin lugar a dudas, dicha irrupción se planteó durante el movimiento que surgió en Chile durante la dictadura. Es desde allí dónde situaremos dos ejes analíticos. En primer lugar, apelando a la propuesta y lectura de Julieta Kirkwood sobre el movimiento feminista y la izquierda, y en un segundo aspecto, señalando el lugar e importancia de la indagación histórica y de la teoría feminista para la propia producción y solvencia del movimiento. Nos planteamos como un espacio de discusión, que desde las palabras de Julieta se piensa en la actualidad e interpela nuestro propio presente feminista, como una posibilidad actual y siempre contingente de proponer un pensamiento crítico y alternativo a la deriva neoliberal. Pensar con Kirkwood desde ayer, es también ver nuestras posibilidades hoy.



La interpelación de Julieta Kirkwood

El golpe de Estado de 1973 imprimió una condición paradójica para el movimiento feminista. Dicha complejidad radicó en cómo explicar y afrontar la rearticulación de las organizaciones de mujeres en un contexto de represión y persecución política. Desde algunos testimonios y fuentes secundarias es posible apreciar un *aparecer* de las mujeres, figuras que trastocaron un orden político que había sido –hasta entonces– vehiculado mayoritariamente por hombres, luego del ocaso posterior al término del Movimiento Pro Emancipación de las Mujeres de Chile (1953) (Gaviola, Largo y Palestro 1994).

Este *aparecer* fraguó la consistencia de un movimiento que parecía dislocar no sólo la tensión dictatorial, sino que también el espesor patriarcal que facultaba un orden autoritario más allá de la estructura del régimen y la figura de Pinochet. La presunta incomodidad que produjo el movimiento –perplejidad frente al resurgimiento de una reivindicación que parecía extinta, de una actividad organizativa que se batió al calor de la represión y bajo un tinte contestatario– llevó no sólo a una activación social, sino que también a una profusa reflexión. Las mujeres comenzaron a comprenderse a partir de su propia experiencia, activismo y militancia¹. En este sentido, el movimiento feminista en dictadura compuso una transversalidad y variabilidad acorde a la problemática que se imprimía en su acción, es decir, la misma figura de interpelación reafirmó su existencia bajo la condición organizativa, pero también teórica y conceptual.

Este último aspecto nos dirige a una segunda cuestión, a saber, la comprensión del feminismo desde su propia contingencia. Julieta

¹ Algunas periodizaciones, como la de Sandra Palestro o Natacha Molina, señalan cuatro momentos: 1973-1976: reorganización, vida y subsistencia; 1977-1981: el encuentro del *ser mujer*, la problematización de la problemática específica y la configuración de un rol; 1982-1986: donde proliferan las organizaciones, el feminismo y las demandas; y finalmente entre 1987-1989: donde se abordan las propuestas a la democracia (Palestro 1991; Molina 1989).



Kirkwood, una de las más importantes teóricas del movimiento feminista en los años 80' —de militancia socialista y formación socióloga—, desarrolló un aporte sustantivo al robustecimiento de la teoría, apelando a una discusión que se batía en diversos planos: un diálogo desde y para el movimiento, y otro en sintonía con la discusión y elaboración política en un contexto convulso pero fructífero para el desarrollo de la crítica. Alojada en FLACSO-Chile, desarrolló una serie de documentos, materiales de discusión y publicaciones que terminaron enhebrando una arista no resuelta de la teoría: aquella que se enfrenta a la matriz ortodoxa de la izquierda, y reacciona frente a sus cerrojos conceptuales y políticos. En este sentido, y siguiendo a Kirkwood, el feminismo en dictadura supuso dos ejes que trastocaron el ordenamiento *normal* de la política chilena, alterando un orden de posición y enunciación. En primer lugar, tras el 11 de septiembre de 1973 la fantasía ideológica de una “comunidad nacional” de características democráticas y populares llegó a su fin; en segundo lugar, la experiencia autoritaria implicó una reflexión en relación a las formas de *autoridad* subyacentes en la sociedad, particularmente, en lo privado (Kirkwood 2016). Para Kirkwood:

Las mujeres reconocemos, constatamos, que nuestra experiencia cotidiana concreta es el autoritarismo. Que las mujeres viven —siempre han vivido— el autoritarismo en el interior de la familia, su ámbito reconocido de trabajo y de experiencia. Que lo que allí se estructura e institucionaliza es precisamente la autoridad indiscutida del jefe de familia, del padre, la discriminación y subordinación de género, la jerarquía y el disciplinamiento de un orden vertical, impuesto como natural, y que más tarde se verá proyectado en todo el acontecer social (Kirkwood 1983: 5).

La condición paradójica de la irrupción feminista en dictadura, se imprime también en la interrogante de carácter más transversal por las formas en que el orden autoritario se sopesaba en lo privado, bajo la interpelación feminista. En términos de Alejandra Castillo, dicha interpelación apostaba



por una interrupción frente a las estructuras de representación tradicionales de la nación (Castillo 2007). Así, emerge un pensamiento y voz propia, un lenguaje que disloca una figuración ideológica frente a una pérdida de perspectiva –la marxista ortodoxa como señala Kirkwood–, donde las claves tradicionales anidadas en la razón son subvertidas por un pensamiento *otro*. Esta crítica no sólo se desarrolló desde el feminismo, sino que también en un contexto más amplio de descentramiento político-teórico de las claves que habían marcado y constituido a la izquierda chilena previo a 1973. El socialismo como alternativa y matriz de comprensión social parecía desencajarse, y el feminismo vendría a ser una importante crítica a través de la voz de Julieta.

Un primer aspecto alude al factor de “actoría” política de las mujeres pues, como bien señala la autora, la propuesta de la izquierda pre 73’ apeló a las bases femeninas en tanto apoyo o compañía de la acción revolucionaria del trabajador, hombre y marido. Con lo anterior, se terminó de confinar a las mujeres dentro del nicho familiar:

Sin embargo, "siempre siguen confiando" en que las "condiciones materiales" vuelquen a las mujeres a mirar a la izquierda como su salida... y la salida ofrecida es la ofrecida a la "familia proletaria". Pero, tradicionalmente no hay más que eso. Las mujeres, y aún las mujeres populares no perciben, no entienden el ofrecimiento político que les presenta la izquierda (Kirkwood 2017: 88).

Este error de la izquierda advierte justamente la crítica medular que realiza Kirkwood frente a la comprensión que proletarizaba a las mujeres de sectores populares, subsumiéndolas bajo la categoría de trabajadoras *secundarias*, o en un segundo orden político en relación a los varones. Esta incompreensión de la izquierda propició la desvinculación de las mujeres del proyecto histórico de la izquierda chilena. En palabras de Kirkwood (2017: 89):



- Se les ofrece subvertir el orden del capital y el trabajo: ella se sabe "no trabajadora".
- No es fuerza productiva (el trabajo doméstico es reproductivo); y
- Nunca podrá tomar el poder (el poder es capitalista o proletario). Más aún, ni se le dice dueña del "otro poder", poder de la casa, del afecto, del chantaje emocional (es reina, ángel o demonio del hogar).

Para Kirkwood, estas entradas no sólo terminan de confinar a las mujeres en el ámbito doméstico, sino que también desconocen el aspecto tanto subversivo como emancipador del feminismo. Al hipotecar la acción transformadora de las mujeres, ignorando su potencialidad de acción conjunta y actoría colectiva, se las confina a un ámbito o problema secundario frente a la contradicción principal (capital/trabajo). Por el contrario, la crítica es certera: abandonar una exégesis de los escritos de Marx, buscando una puerta o llave de entrada, para *teorizar* desde su propio registro: "Muchas no pasaron de esta prueba y todavía están en la búsqueda de los escritos de Marx, de lo que él dijo o no dijo. Otras, decidieron, al menos, revisar la proposición, pensar, indagar" (Kirkwood 2017: 124). El feminismo, desde Kirkwood, da otra vuelta de tuerca a la contestación. Lo hace en un sentido que amplía la idea de conflicto social, agregando el componente sexual pero acentuando un conflicto que se expande a la idea de lo cotidiano: "Al agregar este segundo conflicto, se plantea la problemática de la cotidianeidad; se expande éste a lo cotidiano. El conflicto se origina en la familia, en las relaciones intersexo; esto es lo que significa (en general) llevar a lo político, constituir en política lo privado" (Kirkwood 2017: 128).

La política feminista cuestiona la condición "secundaria" del aspecto de la reproducción de la fuerza de trabajo, enfatizando que toda actividad humana es producción. Bajo esta categorización, posiciona también una analítica que desjerarquiza la participación política: si toda actividad es productiva, no debería haber secundariedad en la formulación ni en la práctica política concreta de las mujeres (Kirkwood 1986: 197).



Antes bien, para Kirkwood la participación exclusiva de las mujeres en las labores de reproducción biológica y social de la fuerza de trabajo sería una vinculación de "entes alienados en la producción del medio humano" (Kirkwood 1986: 197). Esta forma de concebir la relación de producción más amplia, que conllevaría un análisis que acentúe la convergencia del capital y el poder patriarcal, es una cuestión que para la autora exigiría una revisión de la teoría del valor de Marx.

La participación alienada de las mujeres en la reproducción social del "medio humano", constituye un fundamento o base para la configuración de un modelo de subordinación de los productores en el medio no humano, pero no por ello una más importante que la otra. Para Kirkwood, el asunto es clave: esta analítica requeriría una modificación en el reconocimiento del eje político revolucionario, pues sería la base de los regímenes de exclusión.

Esta inversión, o cambio de clave, constituiría el nudo específico y embrionario de los movimientos feministas contemporáneos y "posiblemente también la razón más profunda y última para la ruptura del orden patriarcal y, en consecuencia, para la liberación humana." Por lo tanto, también para el quehacer político de las mujeres (Kirkwood 1986: 198).

Como respuesta, Kirkwood enfatiza en la necesidad de establecer una praxis política a través del acto de negación de todos los mecanismos impuestos que constituyeron o forjaron el origen de la exclusión y opresión hacia las mujeres. Se trata de la negación de la existencia de dos áreas de experiencia y actividad humana excluyentes y separadas (la pública y la privada, que operan como espacios cerrados e irreductibles de actividad en virtud de lo femenino y masculino). Asimismo, alude a la negación de la condición de improductividad que se les atribuye socialmente a las mujeres a partir de su rol reproductivo individual de la fuerza de trabajo colectiva (Kirkwood 1986: 199). Por último, una negación de la situación de



dependencia de las mujeres en los ámbitos cívicos (derechos asimétricos), políticos, económicos, sexuales, etc. Las negaciones de Kirkwood – originalmente expuestas en el documento *Feminismo y participación política* (1982)– señalan la potencia y articulación efectiva que requiere el feminismo para su manifestación y ansias de transformación:

Como resultante de las negaciones anteriores surge la negación de la condición de *objeto*, de *alteridad* y de *secundariedad*, a que esas categorías han reducido al género femenino. Negación de la *atemporalidad* real o atribuida a la reivindicación feminista. Negación del aislamiento, la atomización e individuación de los problemas de las mujeres y, consecuentemente, afirmación del *nosotras* (Kirkwood 1986: 199).

El movimiento social, para Kirkwood, corresponde a una propuesta de cambio social que surge de la toma de conciencia de la opresión y, por lo mismo, no puede leerse ni percibirse desde el lenguaje del orden. El pensamiento feminista en dictadura se vuelve parte de preguntas que nos redirigen hacia la interrogante *¿desde dónde se piensa?* Cuestión vinculada a una crítica interpretativa del período que se distancia de la concepción materialista, del objetivismo y la comprensión de un actor prioritario al momento de analizar la ortodoxia político-revolucionaria de carácter marxista, para dar paso a la analítica de nuevos movimientos sociales, y de los actores que se fraguan en ese contexto. En este sentido, una primera pregunta estriba en el relato que actualmente circula sobre el movimiento feminista: *¿Por qué aparece y desaparece el feminismo? ¿Qué es aquello que marca su legitimidad y acción como movimiento?*²

² Esta hipótesis ha sido trabajada en textos más recientes, por ejemplo, en el libro *Un nuevo silencio feminista* de Ríos, Godoy y Guerrero (2003), en el artículo “Necesitamos pensadoras feministas en Chile actual” de Antonia Vera (2006), o en mi reciente “El constante aparecer del movimiento feminista. Reflexiones desde la contingencia” (Follegati 2018)



Sobre la historia del movimiento y la potencia de la experiencia feminista

La irrupción del feminismo en tanto movimiento y organización, conllevaría un interés sobre nosotras mismas, y con ello, una necesidad de respuesta política frente a sus interrogantes. Julieta Kirkwood ya señalaba esta correlación, enfatizando la urgencia de comenzar un proceso de investigación histórica sobre la potencia del movimiento, con una clara intencionalidad política en su activación y recuperación contingente: es preciso no sólo reflexionar desde *nosotras*, sino que también comprender nuestro pasado y experiencia feminista. En las primeras páginas de *Ser Política en Chile*, señala: “Que la recuperación y la revelación de la historia oculta femenina permitan la identidad con la conciencia histórica contestataria de la mujer, y que orienten la constitución de un movimiento social real que asuma las propias reivindicaciones” (Kirkwood 2016: 38). La vinculación entre pensamiento, teoría e historia es para Kirkwood prioritaria en tanto se vincula a un momento específico –autoritario– que de una u otra forma (paradojalmente), rediseña los circuitos de pensamiento y las actorías público-políticas. No como un ensayo de nuevos sujetos solamente, sino bajo la potencialidad efectiva de constituir una identidad y proyecto más diverso, plural, y con ello, emancipador.

Esta resignificación del pasado desde Kirkwood apela a un gesto histórico también, como una apuesta en sí feminista, en este sentido, enfatizada en la necesidad de “historizar, entonces, las demandas políticas feministas o mostrar la existencia de esa otra legalidad, de ese contrapoder o –por qué no– de esa fuerza que constituye el propio intento de las mujeres para conseguir su propia liberación” (Kirkwood 2016: 54). Hacer historia de las mujeres y sus formas de irrupción histórica en términos de organización, es también una inquietud feminista que apuesta por pensar las posibilidades del presente. Historia y experiencia tienen una significación particular para el movimiento feminista, en tanto que el



olvido, silencio o invisibilización de su acción hace consultarnos una y otra vez sobre las posibilidades del momento presente, volviendo a viejas preguntas, alertas o cuidados que se deben comprometer. Gesto similar al actual: desde hoy, la contingencia feminista *dosmilera* se pregunta por Kirkwood y sus producciones, por sus derivas y preguntas punzantes. Al parecer, los momentos de auge feminista se constituyen en ese esfuerzo, en esa escena: la que cuestiona e investiga *para adelante y atrás constantemente*. Un vaivén que interroga el pasado, por la historia y las condiciones de posibilidad del feminismo.

Temas o ejes centrales como la cuestión de la militancia en partidos políticos, la condición “secundaria” de las mujeres como sujetas revolucionarias, las posibilidades de articulación del movimiento y la efectiva transformación, han sido aspectos abordados en los momentos más álgidos del movimiento feminista chileno, revisitados una y otra vez. Así, el feminismo no sólo apuesta por una construcción de un futuro despatriarcalizado, sino que también señala una propuesta de carácter revolucionaria, en cuanto hilvana nuestro pasado bajo el tinte morado. Es revolucionario, dirá la socióloga, en tanto se enfrenta al pasado, construye un presente y apela a un futuro:

Decíamos que el feminismo es revolucionario y que esto acarrearía consecuencias en el *hacer* y en el *conocer*. Y en lo que respecta al juicio o conocimiento histórico, el feminismo mira y exige explicaciones a su pasado. El feminismo no está hecho; se está haciendo, constituyéndose a sí mismo en su propia acción con la perspectiva de su futuro virtual y ubicándose en esa nueva forma de relación que excluye tanto la discriminación sexista como todo lo que se ha construido en su entorno – familia, disciplinamiento cotidiano y jerarquías (Kirkwood 2016: 59).

Desbaratar el pasado, recomponer un relato y visibilizar un sujeto femenino, se constituyen como condiciones necesarias para el feminismo, el del 80' y el actual. El *hacer feminista* apela también a ese hilván



historiográfico –o mejor dicho– requiere de esa reconstrucción, pues sino, *¿cómo pensar en los futuros desenlaces del movimiento si omitimos la historia precedente? Si no conocemos su particularidad, ¿cómo establecer una lectura pertinente y necesaria del presente bajo una matriz que omite el tejido histórico que nos compone?* Esta intencionalidad hoy se plasma como un deber y requerimiento investigativo, cuestión que también se apuntó como un imperativo en los 80'. Hace veinte años, Edda Gaviola, Lorella Lopresti y Claudia Rojas puntualizaban esta posibilidad: “El escribir la historia de las mujeres aparece como un deber ineludible en la perspectiva de dotar a tal movimiento de las herramientas teórico y prácticas que le permitan abrir los caminos y crear espacios para su desarrollo” (Gaviola et al 1988: 79).

Así, el feminismo en dictadura (nuestro pasado feminista), señaló una forma de acción y elaboración crítica que cuestiona y se envalentona frente a un presente contingente y teñido de resistencia. Ésta se sostiene en relación con una dualidad propiciada por la multiplicación de un movimiento entre la proliferación de acciones y agrupaciones en torno a los derechos humanos, a las coordinadoras sectoriales y territoriales, como también a los talleres bajo la acción organizada de mujeres y, muchas veces, al alero de la iglesia. Movimiento que produce conocimiento en espacios como la Asociación para la Unidad de las Mujeres (ASUMA), el Círculo de Estudios de la Mujer, MEMCH 83' y La Morada, activando charlas, debates, foros y talleres de toma de conciencia. Esta articulación en red vinculó tres ejes: generación de conocimiento, acciones colectivas y transformaciones en la vida cotidiana. Esta relación dialogante entre movimiento, acción y producción de conocimiento, le dieron al feminismo en dictadura una doble entrada. Por una parte, la posibilidad de constituirse en movimiento, y por otra, la de elaborar una propuesta teórica desde su propia problematización.

La correlación entre un *historizar feminista*, y el movimiento en los 80', parece ser una hipótesis plausible de sostener. Existiría –en este



contexto y a través de Kirkwood como pivote— una vinculación entre los momentos de articulación del movimiento feminista —con la producción historiográfica sobre las historias de las mujeres— y su necesario rescate e indagación. Este interés se produce en una multiplicidad de direcciones, sembrando lo que será en los noventa, por dar un ejemplo, los centros de estudios de género. Sin embargo, para Kirkwood su necesidad iba más allá que el relevar o visibilizar una sujeta. Esta estaba quizás más enfocada en el fortalecimiento del propio movimiento: Julieta se preguntaba por la necesidad de indagar en las dimensiones políticas particulares del movimiento feminista de comienzos de siglo, su evolución, dirección y orientaciones (Kirkwood 2016: 29), para proporcionar a los actuales movimientos de mujeres —hablando de los 80’— las claridades en relación a las formas en que el movimiento había sido subsumido (en los 50’) en organizaciones de base vinculadas a una política tradicional patriarcal.

Así, el programa de investigación de Kirkwood buscó determinar cómo se han visto y percibido las organizaciones de mujeres a través de la historia; las diversas modalidades de inserción de las mujeres en el mundo de lo político; cómo se expresaron estas ideas en comportamientos políticos concretos; el tipo de feminismo que existe entre las concepciones políticas de las mujeres y el estadio o situación del proceso político global, sus reivindicaciones y demandas feministas actuales (Kirkwood 2016: 52). Dicho programa centra entonces su pregunta y problemática en las mujeres mismas, y su acción *en tanto política* definida y comprendida bajo la propia analítica que desarrolla Kirkwood. De tal modo, el relevamiento de su visibilización y la centralidad de su acción tuvo lugar en un doble sentido: por una parte, en el ejercicio de posición a partir de la resistencia contra la dictadura y, por otra, en la necesidad de proyectar una propuesta política alterna a aquella que había relegado a las mujeres de la acción política con anhelos de transformación.

El gesto de Kirkwood, y de muchas otras que seguramente perviven en manuscritos, *fancines* y cuadernos feministas, es la voz y la posibilidad



de enunciación divergente de un modo tradicional de comprender la política. Es ensayo y error. Es prueba y equivocación que labra en sus manos la posibilidad de un destino divergente al patrón de lo *normal*. Voces que no buscan legitimarse en una matriz teórica determinada, sino que discuten y dialogan a partir de sus propias experiencias. Se trata de experiencias que reconocen y diseñan teoría indagando en la particularidad de las mujeres para sí mismas, pero también, en la conciencia –a lo menos de Kirkwood– de la responsabilidad histórica que implica su acción transformadora. Esa intencionalidad, hoy parece subsumida en un vahído neoliberal. Sus voces reflotan en una memoria histórica que nos trae en la actualidad sus elucubraciones y acciones. Sus teorías y disputas divergentes, que persisten en nuestra memoria rebelde.

Cierre

Más que un contenido definido, componemos una propuesta de lectura sobre las disyuntivas que nos presenta la actualidad de Julieta Kirkwood. Una autora que disloca a la izquierda en tanto da vuelta la propia matriz teórica que la constituye –de un marxismo ortodoxo–, al cuestionar la jerarquización de los sexos, la política, el rol y contenido revolucionario de los sujetos llamados a efectuar las transformaciones. Retuerce a la izquierda en tanto enfatiza en que el origen de las relaciones de dominación y autoridad están centradas en el seno de lo privado mediante las tareas de la reproducción, y es desde este lugar donde se estructuran formas desiguales y subordinadas, que luego se reflejan en el ámbito productivo: lo privado como un núcleo anterior y prístino de explotación. El gesto de Kirkwood es sustantivo, pues su analítica concentra en el feminismo la llave de la emancipación y en la acción de las mujeres la posibilidad de la liberación.

Su lectura nos reverbera hacia preguntas sustantivas sobre el movimiento, que nos interrogan sobre las posibilidades del contexto actual,



y que, finalmente, apelan a la cuestión de cómo y cuándo hablamos de movimiento feminista. No es casual entonces comprender que el movimiento emerge cuando existen momentos o estadios de crisis que condicionan expresiones disruptivas como ocurrió durante la dictadura chilena. Un momento feminista sería ese cuando surgen manifestaciones que ponen en tensión un orden determinado clamando por su transformación. En este sentido, sería un momento que se configura cuando las mujeres responden a una forma de hacer política mediante, al menos, dos ejes: las reivindicaciones y la toma de conciencia. *¿Cuándo hablamos de una tendencia feminista en la historia?*, pregunta compleja, pero que quizás responde a tres aspectos: (1) apelando a la forma que toma el feminismo para su legitimación, (2) la índole de la transformación y (3) la apertura a otros problemas políticos (Kirkwood 2016).

La analítica así propuesta señala una figura que se condice con un actuar del movimiento que apunta a la necesidad de producción teórica bajo ejes y aspectos propios, que tensiona variantes tradicionales y que configura un actuar que busca en su propio pasado posibles aperturas, respuestas y señales otras. En este sentido, la propia Julieta, militante y teórica, cuestiona los amarres políticos y teóricos de una izquierda del siglo veinte anquilosada en sus propias claves analíticas. Una izquierda que se quiere para el pensamiento socialista, pero que desde el feminismo debe desempolvar nuevos/viejos problemas bajo su propia significación. He ahí la necesaria vuelta a la experiencia e historia.

Una historización como mecanismo de robustecimiento del movimiento. Una historia desde y para el activismo. Historia militante y actitud crítica que interpela y posiciona el acontecer del feminismo, que busca un posicionamiento particular frente a las formas en que se miraba la historia. Vuelve así la relación entre necesidad de historización y las posibilidades del movimiento feminista. Aquella es la misma inquietud que recorre nuestra actualidad, en un contexto en que el movimiento también requiere de la comprensión frente a las omisiones del pasado. Más que



claves de legitimación o entendimiento a partir de consignas ya plasmadas, se vuelve preciso una analítica que diagnostique las condiciones de aparición y sutura del movimiento feminista. Hoy, volver a las palabras de Kirkwood se vuelve también una posibilidad para pensar la necesaria vigencia del movimiento.

Bibliografía

Castillo, Alejandra (2007). *Políticas del nombre propio*. Santiago, Editorial Palinodia.

Follegati, Luna (2018). "El constante aparecer del movimiento feminista. Reflexiones desde la contingencia", en Faride Zerán (comp.) *Mayo Feminista. La Rebelión contra el patriarcado*. Santiago, LOM: 77-90.

Gaviola, Edda, Largo, Eliana y Palestro, Sandra (1994). *Una historia necesaria. Mujeres en Chile 1973-1990*. Santiago, Aquí & Ahora.

Gaviola, Lopresti, Rojas (1988). "Centros de Madres: ¿la mujer popular en movimiento?", en *Nuestra Memoria Nuestro Futuro: Mujeres e Historia*. Santiago, ISIS Internacional.

Kirkwood, Julieta (1982). *Feminismo y participación política*. Documento de trabajo FLACSO, N°159. Disponible en <http://flacsochile.org/biblioteca/pub/memoria/1982/001092.pdf>

Kirkwood, Julieta (1983). *El feminismo como negación del autoritarismo*. Material de discusión Programa FLACSO, N°52. Disponible en <http://flacsochile.org/biblioteca/pub/memoria/1983/001058.pdf>

Kirkwood, Julieta (1986). *Ser política en Chile. Los nudos de la sabiduría feminista*. Santiago, Cuarto Propio.



Kirkwood, Julieta (2016). *Ser política en Chile. Las feministas y los partidos*. Santiago, LOM.

Kirkwood, Julieta (2017). *Feminarios*. Viña del Mar, Comunes.

Molina, Natacha (1989). "Propuestas políticas y orientaciones de cambio en la situación de la mujer". En Garretón, M.A. (Ed.) *Propuestas políticas y demandas sociales*. Vol. III. Las propuestas. Santiago, FLACSO-Chile: 31-172.

Palestro, Sandra (1991). *Mujeres en Movimiento. 1973-1989*. Documento de trabajo FLACSO-Chile. Disponible en <http://www.memoriachilena.cl/602/w3-article-67282.html>

Ríos, Godoy & Guerrero (2003) *Un nuevo silencio feminista: la transformación de un movimiento social en el Chile postdictadura*. Santiago, Editorial Cuarto Propio.

Vera, Antonia (2006). "Necesitamos pensadoras feministas en Chile actual". Disponible en: <http://www.alterinfos.org/spip.php?article673>

Sobre la autora

Candidata a Doctora en Filosofía Política, Universidad de Chile. Magíster en Comunicación Política y Licenciada en Historia, Universidad de Chile. Sus áreas de desarrollo son la teoría e historia de las transiciones a la democracia; historia reciente de América Latina desde una perspectiva teórico-conceptual; teorías de género y feminismo. Ha realizado docencia en diversas instituciones (Universidad de Chile, Universidad de Valparaíso, USACH, UMCE, PUC) y trabajado en ONG's y organismos internacionales. Es editora junto a Rodrigo Karmy de *Estudios en Gubernamentalidad. Ensayos sobre poder, vida y neoliberalismo* (Communes, 2018). Su artículo más reciente es: "El feminismo se ha vuelto una necesidad: movimiento estudiantil y organización feminista en Chile (2000-2017)."